

LA SOCIALDEMOCRACIA Y LA GLOBALIZACIÓN (I)

11/02/2005

Alberto Vera La Rosa

Frente al incontenible curso de substanciales cambios que viene experimentando la convivencia mundial, el movimiento Socialdemócrata, al que el APRA adscribe, plantea actualizar sus valores históricos de justicia social y democracia para compatibilizarlos con los retos que la globalización conlleva, basándose en una gobernanza también global. Este planteamiento se opone a la ideología neo-liberal y neo-conservadora que distorsiona y mal usa la función del mercado, en beneficio de los más fuertes; así como al ventajismo de la relación internacional bilateral, propiciando en contrario la articulación multilateral del mercado con los valores sociales, ecológicos y democráticos.

Muchos de los elementos tradicionales del sistema político-económico-social hasta ahora vigentes se ven afectados por la globalización; por ejemplo, el concepto de Estado-Nación pierde fuerza en lo económico ante las organizaciones transnacionales y la administración de justicia convive con modernas instancias supranacionales. Delitos de lesa humanidad como el genocidio y el narcotráfico han puesto en práctica esfuerzos procesales y policíacos de jurisdicción internacional.

La globalización es un proceso amoral, que no es bueno ni malo; todo depende cómo se administre la reciprocidad en las prácticas comerciales y financieras y, por cierto, se involucren, en este afán totalizador, los intercambios laboral, cultural y del conocimiento.

Sin duda, la globalización es fuente de reciente prosperidad económica y debería ser simultáneamente creadora de riqueza cultural y social, por encima de las limitaciones de las fronteras, de las etnias, de las religiones y del lenguaje, cumpliendo así cabalmente un papel integrador. Para ello es imprescindible que los acuerdos internacionales vinculantes reemplacen la ley del más fuerte, como hasta ahora viene sucediendo.

Junto a estas expectativas, el mecanismo conlleva parcialmente aspectos perjudiciales: profundiza la brecha entre ricos y pobres; acelera la depredación del medio ambiente; incrementa la desocupación y origina asimétricos movimientos migratorios; desequilibrios que afectan con mayor dureza a los países pobres y subdesarrollados. Los riesgos de aprovechamientos ilícitos aumentan a medida que crece el flujo de bienes y capitales y los controles democráticos, hasta ahora vigentes, resultan insuficientes.

La globalización ‘desregulada’, administrada con criterio liberal, distribuye arbitrariamente la riqueza generada. El desafío –que hace suyo la izquierda democrática- consiste en procurar repartirla justicieramente por medio de una gobernabilidad mundial que permita que sus beneficios puedan compartirse en forma equitativa con oportunidades para todas las regiones y países. Ella amenaza, entre otras consecuencias negativas, destruir el esfuerzo socialdemócrata logrado en varios países de la Comunidad Europea después de la segunda guerra mundial –con envidiables indicadores de bienestar y signos de buen gobierno- que constituyen paradigmas para los países en vías de desarrollo.

Para paliar estos peligros, la Socialdemocracia construye un nuevo soporte para la gobernabilidad basado en el desarrollo integral, que incluye una exigencia perentoria para la protección ecológica y un plan para el progreso económico con justicia social; en el campo de los derechos humanos que comprende la seguridad personal, la identidad cultural y la integración social; y en el ejercicio democrático que supone un buen gobierno, con transparencia y participación.

La divulgación de estos objetivos exige mucho más explicación y me propongo intentar hacerlo sucintamente a través de mis próximas crónicas dominicales.